





cantil y el riego de las tierras; pero estando algunos lagos á nivel superior al de la ciudad, la han acarreado inundaciones frecuentes y ocasionado muchos males, conservándose tan solo debido á las obras muy difíciles y costosas que se han emprendido para su preservacion.

La primera inundacion que se menciona, fué en 1446, en el reinado de Moteuczoma I, segun Clavijero, á consecuencia de grandes lluvias que acrecentando mucho las lagunas anegaron la ciudad y destruyeron las habitaciones de los mexicanos, á quienes pusieron en grandes aprietos. El emperador azteca acudió á Nethzahualcoyotl, rey de Texcoco, quien tenia fama de sábio, y aconsejó á Moteuczoma que hiciera construir un dique ó albarrada de madera y piedra para contener el ímpetu de las aguas, é impedir que las de la laguna dulce se juntasen con las de la salada; para realizar la obra se presentaron los señores de Tacuba, Ixtapalápan, Colhuacan y Tenayuca, animando á los obreros con su trabajo personal; tuvieron que construir en aquella grande empresa una barda de once brazas de ancho y cerca de nueve millas de largo, metidos los trabajadores en el agua que en algunas partes estaba muy honda; con esto lograron en parte atajar el mal. Aquella albarrada pasaba por delante de los baños del Peñol y hoy apenas se perciben las ruinas de ella.

La segunda inundacion acaeció en 1498, reinando Ahuitzotl, VIII emperador de México, quien intentó conducir á la capital las aguas de un manantial que habia en Coyoacan, por no bastar las de la alberca de Chapultepec para las necesidades de una poblacion siempre creciente. Para ello mandó consultar al cacique llamado Tzotzomatzin, que se opuso al proyecto, representando con muy buenas razones que el manantial no era permanente, sino que algunas veces carecia de agua y otras manaba con tanta abundancia, que si encontraba un cauce para dirigirse á la ciudad podia muy bien inundarla; pero el emperador mandó ponerle preso y darle garrote en México, é hizo construir un caño para llevar el agua de dicho ojo á la ciudad; fué inaugurada la obra con sacrificios de codornices y untado el caño con sangre y al son de los instrumentos; caminaron el emperador y los sacerdotes al parejo del agua y revestido el sumo sacerdote con el traje de la diosa de las aguas. Pero todo se convirtió á poco en duelo porque aumentaron éstas á tal grado, que se inundó la ciudad; el monarca, que reposaba en una pieza baja de su palacio, sorprendido por ellas, salió precipitadamente de su aposento, y dándose un golpe en la cabeza contra una puerta baja, murió de resulta de ello á los tres años. Habiendo el rey Ahuitzotl pedido auxilio á Netzahualpilli, hijo de Netzahualcoyotl, acudió con su gente el monarca texcocano y cegó los ojos de agua, con lo que cesó la avenida que inundaba á México, y descubierta por entonces una cantera de tezontle, fueron reparados y fortificados los edificios que tanto habian sufrido, y la experiencia hizo que se levantara el piso de la ciudad. Segun Torquemada, la inundacion fué debida á que brotó un rio subterráneo, lo que comprueba con haber visto en la laguna peces grandes y distintos de los pequeños que ordinariamente se crian en ella, cuya opinion, acerca del rio subterráneo, es confirmada por el P. Motolinia. Durante el reinado de Moteuczoma II acaeció una tercera inundacion, no pudiendo transitarse por la ciudad sino en canoas y barquillas, y fué tanta la afliccion de los moradores, que estuvieron á punto de mudar la capital.

Despues de la conquista, la primera inundacion acaeció en 1553 gobernando D. Luis de Velasco I, y causó mas espanto en los españoles que en los indígenas; llovió tanto en un solo dia, que las aguas rebosaron en la ciudad y pueblos



comarcas; entonces fué construida una albarrada por el rumbo de San Lázaro, comenzando el virey la obra con el azadon, y sirvió de sobrestante en los trabajos. Como en el siguiente año cayeron otra vez las aguas con mucha abundancia, se temió ver repetida la catástrofe, y desde aquel tiempo se echó de ver que el rio de Cuautitlan, conduciendo un gran caudal de agua á la laguna de Zumpango, cuyo nivel es superior á las de San Cristóbal y Texcoco, y rebosando en éstas, reflua con gran ímpetu sobre la ciudad; por tal motivo ordenó dicho virey al alcalde de Atengo, García de Valverde, que divertiera el curso del rio, con el menor gravámen y daño posible de las tierras de labor que fuera indispensable perjudicar en esa operacion. En el gobierno de D. Martin Enriquez (1580) aconteció otra inundacion, y entonces fueron reparadas las albarradas y calzadas, limpiáronse los rios y las zanjias, y aunque se trató de hacer un desagüe mandándolo así al corregidor Lic. Obregon y á varios maestros de obras, no se trató mas del asunto al alejarse el peligro.

En el gobierno del virey D. Juan de Mendoza y Luna, marques de Montesclaros, y en Agosto de 1604, dice el padre Cavo que llovió tan abundantemente, que se inundaron los pueblos del valle y la ciudad con gravísimos perjuicios de los habitantes, pues aunque bajaron pronto las aguas, quedaron anegados los barrios mas bajos de la ciudad. Esto dió motivo á que en el año siguiente se tratara por el virey y la Audiencia del desagüe proyectado en tiempo de Enriquez, supuesto que no era posible trasladar la ciudad á las lomas de Tacubaya por valer ya mas de veinte millones de pesos; para el efecto el virey, los oidores, dos canónigos, el ayuntamiento, prior y cónsules del comercio, los encomenderos y fiscal de la real Audiencia practicaron una visita de los lugares designados para el desagüe, midiendo cincuenta y dos mil doscientas diez y ocho varas desde el molino de Ontiveros hasta Tequisquiac, que es donde comienza la declinacion del terreno, hallando setenta y seis varas de altura en dicho punto. Dieron su parecer por escrito los maestros Antonio Perez de Toledo y Alvaro Perez Rebelto, diciendo que el canal de desagüe habia de tener veinticinco mil varas de longitud y ocho de latitud, y que para ejecutarlo se necesitaban quince mil indios por seis meses con un salario de un peso semanario cada uno, dándoles la comida y presupuestaban toda la obra en cuatrocientos sesenta y ocho mil cuatrocientos ochenta y siete pesos. A este proyecto se opuso el fiscal Lic. Espinosa, considerando incierto su cumplimiento, y que en su opinion eran necesarios sesenta ó setenta mil indios, para que fueran reemplazados durante los trabajos los que murieran ó se enfermaran á consecuencia del excesivo trabajo, malas habitaciones y vestidos de que disponian, siendo esto en daño de la agricultura y en contravencion de las piadosas ordenanzas reales que disponian fuese considerada de gran valor la vida de los indígenas. El dictámen del fiscal hizo eco en las demas corporaciones y autoridades que acompañaron al virey, las que estendieron sus pareceres de conformidad con ella, en virtud de lo cual se proveyó auto por la Audiencia y el virey, en 15 de Enero de 1605 en el pueblo de Tultitlan, para que fuera sobreseido el negocio del desagüe y solamente se continuaran la reposicion y limpieas que contribuyeran á evitar la inundacion. En cumplimiento de este acuerdo fueron reparadas las calzadas, y el virey pidió á los padres comisario y provincial de la orden de San Francisco que entendieran en las obras: estos remitieron el asunto al padre Torquemada, el célebre historiador que á la sazón era guardian del convento de Santiago y estaba construyendo su iglesia. Dicho religioso se constituyó superintendente de la calzada de Guadalupe donde trabajaron por espacio de seis meses

cosa de dos mil peones, y la otra calzada de San Cristóbal quedó á cargo de fray Gerónimo de Zárate.

Obligados los pobres indios á desempeñar trabajos forzosos, al menos encontraron en los dos religiosos unos verdaderos padres que los trataban con cariño y suavidad, y á quienes obedecian sumisamente. Se abusaba tanto de aquella infeliz clase, que se la obligaba á trabajar en obras públicas no solamente sin espensarla, pero ni aun le daban de comer, teniendo que llevarles la comida desde los pueblos sus desgraciadas mujeres; á las repetidas manifestaciones de aquellos religiosos se debió el que se establecieran alhóndigas de comestibles para los trabajadores, y que los sábados se les ministrara en numerario algun socorro por cuenta de su jornal, que se habia de pagar al fin de la obra descontándose de los tributos; en la distribucion del dinero ninguna ingerencia tenian los religiosos si no era presenciara. Concluidas las calzadas continuaron los padres las limpieas de las zanjias, alzamiento y empedrado de las calles, y en Mexicalzingo formaron un dique con dos compuertas, que á la vez que contuvieran las aguas unas veces, les dieran curso en los años de escasez y alimentaran el canal tan necesario para el tráfico. En las administraciones de los otros vireyes continuaron las obras del desagüe, y de ellas iremos tratando oportunamente.

No creemos ecsagerado el avaluo hecho de México, y sin embargo, parécenos que entonces pudo haberse verificado la traslacion de la ciudad á alguna distancia hácia el Poniente del sitio en que hoy se encuentra. Ya en esa época, es cierto, la capital tenia muy valiosos edificios, no obstante lo blando del piso formado casi todo á mano; las calles estaban perfectamente alineadas, y aunque menos de las ciento veinte mil casas que algunos historiadores asignan á la capital del reino azteca, tenia ya bastantes, no obstante el poco tiempo que contaba de ecsistencia la nueva capital y las vicisitudes porque habia atravesado. Habia sido preciso que se ensanchara una ciudad que no solamente era el centro del vasto comercio que se hacia en la Nueva-España, y el asiento de la silla arzobispal y metropolitana de nueve obispados sufragáneos, sino que era tambien la residencia del severo tribunal de la inquisicion, cuya dilatada jurisdiccion alcanzaba á muchas provincias, y á ella refluan los jóvenes que de todo el vireinato pasaban á estudiar á la Universidad y escuelas de la Compañía de Jesus: allí estaba la residencia del virey, de la cancillería, y el centro donde acudian, de mas de cuarenta reales de minas, mucha gente y comerciantes que iban á sus negocios. La mayor parte de los edificios eran de cal y canto, bien labrados y de hermosa arquitectura que los hacia muy vistosos; solamente la catedral habia ya costado cerca de un millon de pesos; pero aun no estaba adelantada, y pudo haberse comenzado otra en mejor lugar; las casas reales ó palacio de los vireyes, estaban aun en imperfectísimo estado, y los portales, las casas de cabildo y de regimiento, pudieron muy bien haberse abandonado sin sentirse grandes pérdidas, ni por la belleza ni por el costo de los edificios; apenas habia siete parroquias y los conventos, se hubieran pasado poco á poco al nuevo sitio elegido; aunque no olvidamos que las obras de aquella época tomaron un carácter grandioso, y que se dirigian mas bien á la solidez, la duracion y á la utilidad, que á la hermosura; pero con la riqueza que entonces habia y el sistema de gobierno y de trabajo, no habria sido difícil fundar una nueva ciudad dejando la ya ecsistente que sin duda habria conservado su ser, sin que fuera necesario abandonarla bruscamente bastando que los gobiernos civil y eclesiástico pasaran su residencia hácia Tacubaya, para que poco á poco se hubiera ido formando allí la capital, cuya traslacion se dificultaba.